

Séptimo Libro

SOCIEDAD Y NATURALEZA
mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm

SUMARIO XX

INTRODUCCION A LAS CIENCIAS JURIDICAS.-

- a) Las palabras:
expresión, significación, objeto, hecho

- b) Los objetos:
concepto
objetos ideales:
sus caracteres
su método
objetos naturales:
sus caracteres
su método
objetos culturales:
sus caracteres
los valores
las vivencias
sus elementos
el Derecho como objeto cultural
el método propio del saber jurídico

- c) Nuestra pregunta a los objetos:
las cuatro interpretaciones del "qué?"
la pregunta por el nombre
la pregunta por la determinación
la pregunta por el género
la pregunta por la esencia
el Derecho en las preguntas por el nombre

mmmmmmmmmmmm

I

El animal Hombre

EL ANIMAL HOMBRE

a) Quién es?

Y... quién es? Aristóteles fué aquél que, entre los primeros dignos de atención, lo dijo. Y sus palabras fueron éstas: -Es un animal político. Con lo que el Estagirita había apuntado a una sola de las dos antitéticas dimensiones del Hombre: su dimensión SOCIAL. El Hombre, quiso decir, es un ser gregario y conducido irresistiblemente, por su instinto, a vivir en comunidad. Algunos siglos más tarde el Cristianismo, por boca de su fundador, nos ofrecía una respuesta inédita que habría de ser místicamente guardada y repetida por muchos millones

de seres y a través de miles de años: -El Hombre es un pecador redimido...

Evidentemente, es un pecador, un perenne violador de la ley ANTIGUA, pues que reside también en su instinto la inquietud de la renovación y el cambio, condiciones de todo desarrollo y de todo progreso. Animal HISTORICO, diríamos aquí, su destino revolucionario en sus dichas dimensiones -personal y colectiva- hacen de él un rebelde contumaz y pertinaz, un ser ansioso siempre de nuevos horizontes. Por eso viola y tiene que violar la ley antigua. Pero el hombre "pecador", el rebelde, NO es todo el hombre. Si lo apasiona la idea del cambio, el vagar y el viajar, gusta no menos del reposo y, en él y por él, gusta no menos de la obediencia, la moderación y el acatamiento del orden establecido...; ama la ley antigua, y la defiende a menudo, aún al precio de su vida. No, el pecador redimido es apenas el hombre de los martes, los jueves y los sábados; pero el hombre de los miércoles, los viernes y domingos, es "el manso cordero de Dios"; el ingenuo, dulce y suave muchacho que sabe cuán inmenso, maravilloso y perfecto, cuán poderoso y cuán infalible es su padre. Después de todo, si se anhela CAMBIAR, no es por el puro cambiar en sí mismo. Todo viaje tiene su destino, y "el cordero de Dios" ama el reposo y la grata conformidad de su nuevo destino, en una casa nueva, a donde irá para comportarse con gustosas obediencia y puntualidad.

En el siglo XVII sonó otra voz : -Homo homini lupus! El hombre es lobo para el hombre. El zarpazo del hambre no tiene ley, ni aún en el seno de la propia familia biológica, salvo la ley del caníbal. El hombre devora al hombre tan pronto como puede o necesita hacerlo... Y, bueno... este energúmeno es el Hombre?... Ya no

- 347 -

existiría sobre la tierra -nos diría Tomás Hobbes- si no fuera por el orden jurídico que impone la autoridad política...

Pero bien sabemos que NO es cierto. El Hombre sabe del amor y el sacrificio. La fábula, la poesía, la historia están repletas de menciones y recuerdos, de glorificaciones de hombres y aún de ciudades y naciones enteras que se lanzan gozosas a la muerte, o sufren agravios, penas y torturas sin otro pensamiento que el bien de los otros, de los demás, pueblos hermanos o futuras generaciones. No es cierto que el Hombre, todo el Hombre, sea lobo..... Pero sabe ser lobo, cuando está acorralado y hambriento. Más aún que lobo: sabe ser tigre.

Pero su "felinidad", su elemental actitud de organismo inconsciente en trance de asalto y caza, apenas si es, lo mismo que las otras, sólo una faz del Hombre, un gesto entre sus muchos gestos emocionales.

Los intelectuales de Francia, poco después del hombre-lobo de Hobbes, hablaban con fruición del indio americano: -Honesto, limpio, sano, temperante, cordial, respetuoso y austero... El barón de Montesquieu comentó así la impresión que le llevaron viajeros en América. Y Rousseau, el padre espiritual de la Revolución Francesa, hacía suya la misma afirmación, aunque en tono más definitivo y definidor del Hombre: -El hombre es nuestro buen salvaje original que la civilización ha corrompido.

He ahí ^{que} el Iluminismo, en actitud solidaria y tolerante, amistosa, opone al resentido Hobbes la que cree experiencia actual y vivida: -El Hombre es originalmente bueno. Démosle la oportunidad de continuar siéndolo y ... no habrá problema.

Empero, siempre lo hay, porque... ni el hombre es lobo -todo el Hombre-, ni el hombre es cordero -todo el Hombre-. El hombre real se da siempre en las nupcias del ángel y el demonio. Paritario hijo de ambos, es, lo mismo, tan capaz de los más horrendos crímenes como de las más estupendas hazañas de virtud y sacrificio.

Y no mucho después, menos de un siglo, resonaba otra voz que hoy todavía repiten millones de ecos por calles, montes y caminos de la Europa oriental y del Asia: -El Hombre es un bribón, es un explotador canalla a quien hay que privar del mando político tan pronto como se proponga enriquecerse con el trabajo ajeno. Este hombre bandolero es el HOMO OECONOMICUS del marxismo. Hombre minúsculo y misérrimo, agota su humanidad en la insignificante tarea de desvalijar al proletario transeúnte para comer y vestir mejor un poco tiempo. He ahí todo el Hombre del marxismo. El Derecho, la Moral, la Religión, las Ciencias y las Artes no son otra cosa que dispositivos que apresta el asaltante capitalista para asegurarse la eficacia de la trampa. El dinero edifica toda la verdad.

Colosal y desgraciada mentira!... Si hubiéramos de reducir al hombre a tan miserable condición, deberíamos comenzar por derribar todos los palacios del Espíritu. El Derecho cancerbero de la fortuna del rico es infame. La Moral, martingala mendaz para el botín del explotador, es execrable. La religión opio de los desgraciados es abominable. Y es que el bribón de Carlos Marx apenas si representa a su dueña de casa cobrando el alquiler, o al zapatero a quien no puede eventualmente pagar lo debido. No interesa que el proletariado substituya personas en el mando, pues éstas se convierten inmediatamente en miembros de "la nueva clase" de

Djilas.

Y he aquí que ahora nuestro ya bastante calumniado camarada de la vida se encuentra con un realmente inesperado apelativo: -El hombre es un parricida atormentado por su culpa; cohabitó en su madre, y hubo de matar al ser que lo engendró.

Denuncia cruel y maldición, el Hombre de Freud y el Psicoanálisis es el hijo del crimen. Pero... ¿por qué lo atormenta una culpa? ¿Por qué se siente punible y detestable?... Para aprehender emocionalmente la figura de la culpa y percatarse de los disvalores que hacen repugnante el incesto, la traición, la ingratitud y el asesinato, hay que poseer, POR ADELANTADO, una conciencia moral, lo que significa: respetuoso reconocimiento del bien y la virtud; adhesión original a los valores de la gratitud, la amistad, la cooperación, el amor filial y la honestidad sexual... ¿Sería la sociedad la que descubriría al hombre maduro toda la odiosa brutalidad de su conducta, mucho después de consumados los hechos?...

Si el hombre poseyó una visión moral cuando el crimen fué cometido ~~no~~ deseado - es que ya el ángel se oponía, dentro de él, a la empresa del demonio. Si no la poseyó sino mucho después, su sencilla y radical ignorancia de niño lo salva de toda culpabilidad. No es posible imputar sanción alguna al comportamiento de los gatos, o los gorriones, o los insectos.

-Ciudadano del Universo, el Hombre tiene en sus manos la felicidad, y puede ser feliz si consigue comportarse adecuadamente en cada situación singular, nos dirá Bertrand Russell, desplegando ante nuestros ojos un mundo grato y deseable. Hay que formar el carácter y adqui-

rir, casi en toda cosa, la discreta posición que reconoce, con la sabiduría griega, que la virtud está en el medio.

Está en lo cierto Russell, pero este hombre necesita un mundo hecho a su medida, por sí mismo, ya que la sabiduría del ecuánime y justo no es la virtud dominante, ni mucho menos. Es más bien la excepción. Una sociedad en crisis produce multitudes de hombres desorbitados y excesivos que arrastran y exacerban al más sabio y prudente. La masa incontrolada rebasa toda medida y anula las conciencias constructivas.

Y, ahora llegamos a esta confesión: -El Hombre es un desconocido. Se ha perdido a sí mismo por la tecnología, haciéndose "estrecho, especializado, inmoral, ininteligente"(1). No hemos podido aprovechar todo cuanto las ciencias nos han enseñado respecto de él, pero... es posible hacerlo.

Es posible?... Me parece arriesgado afirmar muy rotundamente todo aquello. Por lo pronto, habrá que ponerse de acuerdo respecto de qué ha de entenderse por PROGRESO MORAL. La moral positiva es cambiante, puesto que es un producto histórico y social. Carrel exige la pureza racial como condición del éxito posible, y ello ya, de por sí, relativiza notablemente su pálida esperanza. En realidad, la suprime, porque, por mandato de la historia e imperio de la propia tecnología, los contornos de la silueta racial se vienen diluyendo rápidamente en un nuevo tipo de hombre cada vez más mestizo y universal.

Como el conocimiento es acumulativo y va siempre en aumento ilimitado de informaciones, datos y experiencias, de hecho todo nuevo día sabemos un poco más que el anterior. Lo que da al sabio la sensación de su ignorancia es que

(1) Alexis Carrel: EL HOMBRE UN DESCONOCIDO.
Edit. ZIG-ZAG, Santiago de Chile, pg.172.

el dominio de nuevos horizontes en forma de soluciones despliega ante sus ojos otros tantos problemas inéditos. Si bien es indiscutible que lo que sabemos del inmenso IGNORAMUS resulta proporcionalmente insignificante, no es menos cierto que lo que sabemos hoy es colosalmente más que lo que supimos hace 5.000 años.

Bien largo es aún el camino que debemos andar para aceptar sin error que ya nos conocemos, pero estamos andando ese camino, y algún día llegaremos.

Nada de todo eso, ha dicho finalmente el filósofo de moda, Heidegger, ensayando a Husserl y rectificando a Kierkegaard: - Preguntan ustedes por el Hombre? ... Pues el Hombre es, apenas, el que está... PARA no estar. Colmada su conciencia de temporalidad y, de este modo, TIEMPO él mismo que asesina sus carnes desde el primer minuto de su vida, el hombre es el prólogo de un libro que nunca se escribió ni ha de escribirse. Proyecto puro que sólo la muerte termina y conforma, el Hombre es el huésped del ataúd que SU tiempo confecciona tan pronto como se anuncia de su llegada al mundo.

Este hombre del Existencialismo es el que viene hasta nosotros con el único propósito de anunciarnos que SE VA, es el amigo agonizante que nos visita, por pura fórmula, con la esqueleta de sus propios funerales. De este modo, el Hombre de Heidegger cree que sus manjares no son tales si no huelen a muerto. Camina por la vida invadido y abrumado por la visión de SU tiempo, del tiempo que lo devora desde el instante mismo en que desembarca en las playas del mundo; lleva colgado del cuello, un enorme reloj, con el fin de que su sonoro e inexorable tic-tac le ponga perennemente ante los ojos su autenticidad tanatológica en que reside su verdadera

verdad.

b) El que es

Así hemos pasado revista a algunos adjetivos del Hombre que han abierto brecha en su historia. Tratemus de sacar algún provecho de ella. No parece que deba satisfacernos plenamente ninguno de tales adjetivos, o si se quiere, definiciones. Todas ellas traen consigo una parte de verdad.

El hombre es, así, el animal político de Aristóteles; y el lobo, de Hobbes; y el pecador salvado, de Jesús; y el buen salvaje, de Rousseau; y el bribón, de Carlos Marx; y el parricida atormentado, de Freud; y el feliz ciudadano del Universo, de Russel; y el desconocido, de Alexis Carrel, y aún -por qué no?- el condenado a muerte, de Heidegger... Pero todo ello nos lo descubre, en síntesis final, como un ser impaciente que hace y yace en un mundo de su propia creación enhebrando dolores y placeres, triunfos y derrotas, acatamientos y rebeliones, agravios y caricias, aprobaciones y reprobaciones, bienes y males. Este hombre es, en esencia, ANSIEDAD PURA, fauces abiertas y zarpa rampante, no sobre las migajas de sus compañeros de aventura, sino sobre la inmensidad inconmensurable del Universo. Satisfecho a la par que insatisfecho en el viaje sin término de la duración y el tiempo, crea y re-crea su mundo, construye su templo, saca de sus propias entrañas a sus dioses y... camina, camina... visitando los albergues y posadas de la labor concluída y la jornada terminada para embriagarse unas horas con el vino de sus inagotables bo-

degas antes de emprender la nueva marcha. El hombre es ansiedad pura que se apaga y enciende por los senderos de la Historia con el ritmo solar de las noches encadenadas a los días.

¿Tiene algo que ver nuestro Hombre con el Hombre existencialista?... Muy poco. La ansiedad del Hombre existencialista es ansiedad punzante y dolorosa. Por eso nos habla, no de ansiedad, sino de ANGUSTIA. Pero, además, el Hombre-Angustia es llama que se enciende UNA vez para apagarse UNA vez, y... hasta siempre. Nuestro Hombre-Ansiedad, que tiene vocación para el goce aún en el trance de su luminoso avivamiento, es llama que se enciende y se apaga indefinidamente, no tan sólo en el tiempo personal de la conciencia del Yo, sino en el tiempo ilimitado de la familia humana.

El Hombre-Angustia es como el niño que, a fuerza de impaciencia y torpe curiosidad, dejó deslizarse en el tacho de la basura, sin percatarse de ello, los bombones de la linda caja que le obsequiaron, y ahora cree que el obsequio fué una amarga burla, pues no tiene en su poder otra cosa que un envase vacío. Nuestro Hombre-Ansiedad es el niño afortunado que se comió dichosamente los bombones, y ahora se presenta ante sus padres para pedirles que se la llenen de nuevo, lo que es seguro que harán.

1 de la caja

c) El que goza

Los problemas del goce y el gozar y sus objetos deben ser tratados en los cuadros de la fisiología y la psicología. El goce se da inmediatamente como sensación de bienestar y como liberación de un estado de angustia. La economía orgánica es un proceso doble, de absorción de ciertos elementos, y en cierta cantidad tomados del mundo exterior, así como de expul-

sión de otros que el organismo rechaza como inútiles o nocivos, o expelle por razones de defensa, unas veces, o para reproducirse, otras.

La posibilidad del goce exige, pues, ciertas condiciones de la economía orgánica, condiciones que podrían expresarse a través de dos situaciones opuestas: o el organismo se halla necesitado de ciertos elementos que su estructura reclama; o padece sobrecarga de energía por exceso de elementos nutritivos o insuficiente actividad. Lo primero se denuncia en el malestar del hambre; lo segundo, en el malestar del empacho, en la actividad del celo, o en la deportiva. En ambos casos hay angustia, y el gozar se da sólo en el acto y momento de suprimirla, por la ingestión de lo necesitado, o la expulsión de lo excesivo. La gloria del día prende su fiesta de brillantes colores en el negro petróleo de la noche. El placer se alimenta de dolor. Un estado de invariable equilibrio orgánico nos sumiría en una melancólica penumbra vacía de incentivos.

Por fortuna, ese gris equilibrio NO existe, ni para el hombre más afortunado que quepa imaginar. En realidad, es incompatible con la vida en cualquiera de sus formas, porque toda vida es, en esencia, estructura de materia fluuyente. El corazón es, en los animales superiores, su última síntesis. Vivir es sólo un dejarse transitar por un torrente de corpúsculos, ser este torrente; y la persona física cobra unidad solamente en el perfil convencional de un momento imaginado y abstraído. El YO se agarra a ese momento como quien fotografía un trozo de cascada y lo fija con ayuda de la memoria y la capacidad representativa atribuyéndole, por amor a sí mismo, una substantiva e inexistente permanencia. Para convertirse en

substancia relativamente estable y existir en términos de identidad sólo hay un medio: la muerte. Pero ni el cadáver lo consigue sino muy parcialmente.

En suma, que los goces sensuales del comer, el beber, el copular, el expeler detritus y el ejercitar los miembros en las tareas del juego y el deporte se dan y tienen que darse en cadena de cargas y descargas alternativas de energía vital, que se corresponden con estados, igualmente alternativos y consecutivos, de hambre que puede llegar hasta la angustia y de gozosa satisfacción que puede llegar hasta el espasmo.

Empero, el animal humano vive en un mundo inmensamente más amplio que los irracionales, mundo que tiende a ensancharse cada vez más en el universo del espíritu, de donde resulta que su capacidad de goce y, sobre todo, las posibilidades de éste con relación a sus objetos pueden abandonar los limitados territorios del soma en que viven confinados los seres irracionales y, sublimando aquél, beber en las inagotables fuentes propias del espíritu.

El Hombre conciencia emocional y representación, el Hombre imaginación y fantasía, el Hombre Espíritu puede hallar, y halla a menudo, fuentes de goce superior en la pura constatación de su poder sobre otros hombres y sobre las cosas; en la conciencia de su saber tanto como los demás saben, o más que ellos; y, finalmente, en su libre ingreso a las fuentes de la Belleza. La contemplación desinteresada de las cumbres de la PERFECCION en la creación y composición de toda suerte de teorías científicas, técnicas y normativas, como de realidades vivientes o imaginadas otorga generosamente todo lo que consideramos que ennoblece y eleva a este infatigable

gozador que es el hombre.

Cada uno de los órganos de los sentidos es vehículo colmado de espléndidos regalos. Los ojos nos descubren el prodigio de la luz en la gama de todos los colores pensables, así como en la forma y línea de los cuerpos. Artes plásticas, pintura, escultura y arquitectura son creaciones de los ojos y para los ojos en que nos regocijamos por los ojos. El encanto de un paisaje, la maravilla de una catedral medioeval, o de un ruinoso muro o columna en Grecia o Roma; el inefable goce que nos brindan todos los grandes museos de Arte... Y esto: la dicha de poder leer y escribir, pensando pensamientos que pueden adosarse a trozos de papel o tela para comunicarnos los unos a los otros, y aún para eternizarnos en el tiempo... Todo eso es donativo multimillonario de los ojos.

El oído es el adorable mensajero de la Música, y es sólo por él que nos acercamos, no únicamente a ella, fuente sin adjetivos de nobles felicidades y cofre mágico de nuestros más dulces recuerdos, sino a nuestros semejantes en el lenguaje oral, que la especie humana no habría inventado si el animal "hombre" hubiera advenido al mundo desprovisto de aquel órgano. La Poesía es la creación de su genio... y no hacen falta encomios.

Campanas, violines, pianos...., susurros de las brisas en los árboles, caricias del agua en las rocas de la montaña y en las playas del mar; canto y rugido, murmullo y trueno, voz de la amada o grito de la guerra.... todo eso y mucho más rebosa el cesto con que nos visita el ujier del Oído.

Gracias a las fosas nasales cobran un nuevo encanto más las flores de los ojos: ya no

son sólo formas y colores en grata armonía, sino también embriagador perfume. Gracias a ellas nos acercamos a la mesa del banquete, o a la humilde olla del pobre, con risueño apetito. Gracias a ellas también nuestro organismo se defiende y rechaza los desperdicios y los tóxicos. No tan millonarias probablemente las dos mellizas mensajeras del Perfume, su regalo es sin embargo exquisito.

Y así, de la lengua y el gusto! Y así, de la epidermis y el tacto; del Laberinto, del Calor y del Frío, de la Cinestesia y de la Cestesia!.....

No hay, en definitiva, cosa alguna que no pueda ofrecerse como fuente de goce para quien se acerque a ella con ánimo y capacidad sensitiva de gozarla.

Que los goces del espíritu tengan como raíz explicativa un proceso de secreciones glandulares, o el complejo de Edipo, no interesa para el caso; como no interesa que el Hombre haya sido amiba en la aurora del mundo. Hoy es espíritu hasta el extremo de poder silenciar, cuando se lo propone, el grito de la carne, hasta la suprema locura de la muerte.

Pero es, de todos modos y siempre, un gozador el Hombre. Su voluntad le exige serlo, no menos que su economía orgánica. Los mayores renunciamientos aparentes son huídas del dolor, unas veces, en busca de la inocuidad y la serenidad; o billete millonario, otras, para comprar la corona de diamantes de la admiración de los rivales, o el mirto de la victoria, o los laureles de la gloria, o, por último, la gratitud de los dioses en el paraíso prometido.

d) El que puede

Ahora es el Hombre PUDIENDO, el poderoso rey de la creación que libra su batalla de la vida con el auxilio de la tecnología. Venció a todas las especies del mundo animal; invadió y dominó el planeta que lo concibiera como mísero protozoario, y se prepara al asalto de la luna. En el estado actual de la ciencia ya parece no haber nada que no pueda.

Nacido apenas "el que puede", su biografía se inscribe en acciones y reacciones sobre sí mismo y sobre toda cosa de su contorno. Su presencia es la más rotunda negación de la muerte, y su poder, que es PODER HACER, desborda idealmente todo límite. Desde el primer vagido ha de PODER llorar y agitarse, y cogerse del pezón materno, y luego hablar y andar. Su ansiedad de dominio y su destino de fortaleza sobre toda resistencia exterior, lo convierte en un demiurgo constructor de ciudades y mundos, de fantasías y de teorías, de realidades soñadas y realizaciones existenciadas. Si ama, este Hombre es ansiedad de poder identificarse con lo que ama, o introyectarse lo que ama, o sumirse EN lo que ama. Si odia, su ansiedad le exige PODER destruir el objeto odiado, deformarlo o eliminarlo.

El Hombre PUDIENDO y PUDIENTE es el que HACE toda cosa, o quiere hacerla, no menos que el que la deshace, o quiere deshacerla. Su triunfante marcha por los penosos caminos del devenir biológico no es otra cosa que insaciable acopio de poder. Quiere subir a su árbol? Ha de PODER hacerlo. Quiere bajar de su árbol? Ha de PODER hacerlo. Quiere crear el fuego? Ha de PODER frotar el pedernal. Quiere hacer suya a su hembra? Ha de poder llegar hasta ella y

derribarla. Quiere edificar su choza? Ha de PODER cortar los leños y arrastrar los guijarros; ha de PODER mezclar la arcilla y alzar la vertical del muro. Quiere cazar el venado? Ha de PODER herirlo y dominarlo. Quiere salvarse de la fiera o escapar a la muerte de las furias volcánicas o de la tempestad? Ha de PODER huir con paso rápido y oportuno, y PODER llevar lo que fué suyo, y reconstruirlo y repararlo en otro sitio...

Sin el PODER, nada le hubiera sido dado al Hombre-Ansiedad, y habríase extinguido en las profundidades del mar original como se extingue una infección en la víscera joven.

Hay el poder sobre las cosas del mundo físico, y la Historia del Hombre es Historia de la acumulación de su poder, desde el poder prender la chispa del pedernal hasta el poder romper el átomo. Hay el poder sobre los poderes ocultos y lo desconocido, y la historia del Hombre es la Historia del mago primitivo que PUDO dominarlos incidental y empíricamente hasta el sabio contemporáneo que PUEDE esclavizar el trueno, entubar el ancho río, perforar la montaña y burlar el cósmico agobio de la gravedad.

Hay el poder sobre los otros hombres, y la Historia de EL QUE PUEDE, es la Historia del unificador de la tribu, del organizador de la ciudad, del fundador de naciones; del que PUDO lanzar a sus semejantes unos contra otros en la violencia del odio y de la guerra; del que PUDO edificar la paz, y crear un orden jurídico y una sociedad solidaria. Es la Historia del que PUDO mandar y dominar.

Hay el poder sobre sí mismo, y la Historia de EL QUE PUEDE es la Historia del Hombre que

PUDO ahogar la voz de sus instintos; la Historia del Hombre que inventó la virtud, la templanza y la tolerancia; la Historia del Hombre que PUDO ser valiente, o ser prudente; la Historia del Hombre que PUDO economizar sus energías morales para PODER más y mejor sobre su mundo.

Hay, en fin, el poder creador del Arte, y de la Ciencia, y de la Técnica.

Más a fondo, la POSIBILIDAD condiciona al ser siente como al estante, y se multiplica a sí misma en nuevas posibilidades. Todo lo que es, es porque PUDO serlo. Todo lo que está, está porque PUDO estarlo.

e) El que conoce

Quién no conoce al que conoce?... Y, si lo ignora, cuánto quiere NO ignorarlo! Desde sus primeros balbuceos el Hombre niño se convierte en un inquisidor abrumadoramente pertinaz. -Qué es esto, y qué es aquello? -Por qué esto y por qué lo otro? -Cuándo ocurrirá esto? -Para qué sirve esto? -Dónde vas? -De dónde vienes? El QUÉ, el POR QUÉ y el PARA QUÉ de las cosas asedia el espíritu del Hombre en todo tiempo y lugar. "Es preciso, pues, continuar haciéndonos preguntas que, desde el punto de vista de la sana crítica científica, no tienen sentido alguno -dice Alexis Carrel (1) al ocuparse de la curiosidad-. Por otra parte, aunque procuráramos prohibir a nuestro espíritu la investigación de lo imposible y de lo incognoscible, no lo lograríamos. La curiosidad es una necesidad de nuestra naturaleza humana. Es un impulso cie-

(1) Alexis Carrel, citado, pg. 30, en EL HOM-
BRE UN DESCONOCIDO.

go que no obedece a regla alguna. Nuestro espíritu se infiltra en las cosas del mundo exterior y en las profundidades de nosotros mismos, de manera tan irresistible y carente de razón, como explora un ratoncillo con ayuda de sus hábiles patitas los menores detalles del sitio donde está encerrado. Es esta curiosidad la que nos fuerza a descubrir el universo, y nos arrastra irresistiblemente en su persecución por los más desconocidos caminos. Y las montañas más infranqueables se desvanecen ante ella como el humo dispersado por el viento".

Sí, el Hombre-Ansiedad es, en su tercera dimensión antropológica, el hombre QUE INQUIERE. Anheloso de saber y de saberse, la obscuridad lo desafía con irresistible acento, y acaso nada le es tan placentero como robarle a la noche su secreto. El ansia de verdad ha edificado todas las ciencias. Más aún: ha edificado todas las religiones, pues los dioses son hijos de la curiosidad no menos que del dolor y el miedo.

El saber, por sí mismo, ya es un fin para el Hombre que goza, aunque la posesión de la verdad no se tradujera en más amplios poderes. La perplejidad del no saber es tortura que el Hombre-Ansiedad NO admite. Si no conquista el conocimiento anhelado, prefiere inventar aunque no fuera más que una hipótesis de trabajo que le permita saltar el pozo desconocido para seguir inquiriendo del otro lado del pretil. Cuando su razón se muestra definitivamente impotente, la atropella con la REVELACIÓN cuya posesión le otorga la serenidad del conocer lo incognoscible, mal que fuera en vaguedades contradictorias e incoherentes.

Después de todo, la vida le parecería muy poco interesante al Hombre-Ansiedad si no tu-

viera problemas que resolver. La ciencia es un componer obstinado de acertijos cuyas soluciones engendran siempre nuevos acertijos. Juego maravilloso de la vida del Hombre el resolverlos, si no tuviésemos nada ya que preguntar, el tedio nos obligaría a incendiarnuestras bibliotecas. El absurdo hombre omnisciente se convertiría en un dios melancólico y hastiado.

Por fortuna, parece demasiado remota la posibilidad del saber total. Y, sin embargo, contradicciones irreductibles del Hombre Desconocido, es esto lo que queremos con fuerza arrolladora. La ignorancia se nos antoja padecimiento insoportable, y hay que saber lo no sabido a todo trance. El sabio es el hombre a quien en más alta estimación y respeto se tiene. Es el temido, o el amado, lo mismo en la aurora del mundo humano que en la gran ciudad civilizada. Lecho idealizado del más puro goce, la Sabiduría es, a la vez, instrumento forzoso de cualquier forma de poder.

Por eso, sólo reina de verdad el que CONOCE.

